

Second International Preparatory Meeting for the World Youth Day Seoul 2027

El legado de la JMJ Lisboa 2023

Tres años después, ¿qué permanece?

Card. Americo Aguiar

Me gusta pensar que, así como nos espera la eternidad, también existe una eternidad que nos precede.

Y, en este movimiento del tiempo, Dios se revela en el soplo del Espíritu, en la carne y en la sangre del Hijo, entrando en nuestra historia y convirtiéndola en lugar de encuentro.

Así nos lo revela la historia de la humanidad, así nos lo confirma la vida de Jesús y así nos inquieta la certeza de que, cuando el Espíritu sopla, nunca sabemos del todo qué nos trae, por dónde nos conduce ni qué hará nacer después de nosotros.

Tal vez esta sea una de las primeras cosas que una Jornada Mundial de la Juventud nos enseña: hay acontecimientos que terminan en el calendario, pero no terminan en la vida.

Es por este camino, humano y divino, por el que un acontecimiento de la dimensión de una Jornada Mundial de la Juventud encuentra su lugar, se comprende y se ofrece a todos, todos, todos.

Por este camino caminé durante la preparación de la JMJ Lisboa 2023, y creo que este mismo camino estamos todos invitados a recorrer de nuevo, de un modo muy particular nuestros queridos hermanos de la Iglesia de Corea: desde mis hermanos en el episcopado hasta el voluntario más desconocido, aquel cuyo nombre quizá nunca aparezca en una fotografía, en una noticia o en un informe, pero que tendrá un lugar único e insustituible en la JMJ Seúl 2027.

Aprendí de mis queridos predecesores en esta aventura, los hermanos de la Iglesia de Panamá, y después de todos los que trabajaron en la organización de la JMJ Lisboa 2023, algo muy sencillo: nadie está verdaderamente preparado para hacer realidad una Jornada Mundial de la Juventud.

Y añadiría hoy: nadie sabe verdaderamente qué hará acontecer una Jornada.

Podemos estudiar, planificar, buscar a los mejores especialistas, celebrar reuniones tras reuniones, construir escenarios y anticipar problemas. Y debemos hacerlo. Pero hay una parte de una Jornada que no se puede planificar.

No se puede planificar una conversión, ni programar una vocación, ni poner en una hoja de cálculo una reconciliación. No se puede prever la oración de un joven que, en medio de una multitud, descubre que Dios le habla a él. Precisamente a él.

Una Jornada es un camino. Un camino con curvas y pendientes, con márgenes estrechos y llanuras que se pierden de vista; un camino en el que afrontamos tempestades y tiempos de bonanza, días de sol y días en los que el cielo se cubre de nubes.

Y es, sobre todo, un camino imposible de recorrer solos. Ni siquiera es posible hacerlo únicamente con nuestros mejores amigos, con aquellos a quienes conocemos mejor y en quienes más confiamos.

Una Jornada nos obliga a salir y a confiar. Nos obliga a abrir la puerta a quien no conocemos, a trabajar con quien piensa de manera diferente, a construir puentes donde antes quizá solo veíamos distancias. En el fondo, nos obliga a experimentar aquello que tantas veces anunciamos: la Iglesia es comunión.

Cada Jornada es mucho más, muchísimo más, que el número de días que contamos desde la celebración que marca su inicio hasta la última celebración con los voluntarios.

Comienza mucho antes y, si verdaderamente la dejamos entrar en nuestra vida, termina mucho después.

Tal vez nunca termine.

En esta tierra bendecida por el don de la fe ya se han dado miles de pasos por este camino, y estoy seguro de que son ya muchas las historias, las sonrisas y también las lágrimas que podrían compartir con nosotros.

Hoy, algunas de esas historias todavía se están escribiendo. Algunas dificultades parecen demasiado grandes, algunas preguntas continúan sin respuesta y algunas decisiones todavía quitan horas de sueño a quienes tienen la responsabilidad de tomarlas.

¡Conozco eso!

Pero dentro de un año, aquello que hoy parece un problema podrá contarse como una historia; aquello que hoy provoca preocupación podrá recordarse con una sonrisa; y aquello que hoy todavía no conseguimos comprender podrá contemplarse con una claridad, una alegría y una esperanza que nos conmoverán a todos.

Así fue en Portugal. Así fue en Lisboa. Y así habrá sido en todo el mundo, donde hombres y mujeres de todas las edades y condiciones sociales, de diferentes carismas, movimientos, comunidades y familias religiosas dijeron sí a este proyecto de Dios.

Ideada por san Juan Pablo II, la Jornada Mundial de la Juventud ha atravesado ya cuarenta años de la historia reciente de la Iglesia y sucesivos pontificados como un faro de luz, de vida y de esperanza para la humanidad.

Y continúa.

Así me sucedió cuando recibí la invitación para organizar nuestra Jornada y me vi con una hoja de papel en la mano y una lista de posibles colaboradores para iniciar juntos su preparación.

¡Una hoja de papel!

Podemos buscar a los mayores especialistas en esta o aquella área, leer todo lo que se ha escrito sobre Jornadas anteriores, reunirnos con quienes nos precedieron y pedir ayuda a quienes acompañan y tutelan este encuentro. Debemos hacer todo eso.

Pero nada nos prepara completamente para la dimensión de lo que es el mayor encuentro de jóvenes del mundo.

Y quizá sea bueno que sea así, porque esta nuestra santa ignorancia abre espacio a la humildad, nos recuerda que no lo controlamos todo, nos obliga a confiar unos en otros y, sobre todo, deja espacio para la certeza de que, sin Dios, no somos nada.

Me piden que les hable del legado de la JMJ Lisboa 2023, más que de su preparación o de la vivencia de aquella primera semana de agosto. Pero es difícil hablar del después sin traer a la memoria el antes y el durante.

Porque, si para los jóvenes peregrinos que llegan de todo el mundo todo parece comenzar cuando “aterrizan” en la acogida de cada Jornada, para los cientos y miles de voluntarios todo comenzó mucho antes. Y, para la organización, muchísimo antes.

Y aquí permítanme compartir una convicción que Lisboa confirmó profundamente en mí: el voluntario es el tesoro más valioso de una Jornada Mundial de la Juventud.

No lo digo solamente porque sin voluntarios sería imposible acoger, orientar, alimentar, transportar y acompañar a cientos de miles de jóvenes. Todo eso es verdad, pero es poco para explicar lo que representa un voluntario.

El voluntario vale, ante todo, por su testimonio. Es alguien que ofrece aquello que hoy quizá sea uno de los bienes más preciosos que poseemos: su tiempo. Ofrece sus manos, su inteligencia, su corazón, su cansancio y, muchas veces, sus vacaciones, y lo hace sin esperar nada a cambio.

En la JMJ Lisboa 2023 vi a voluntarios hacer cosas extraordinarias, pero vi sobre todo a miles de personas hacer extraordinariamente bien cosas muy sencillas: una sonrisa, una indicación, una botella de agua, una palabra en una lengua que apenas conocían, una presencia junto a quien estaba cansado, desorientado o simplemente necesitaba a alguien.

Y descubrí que es precisamente ahí donde una Jornada adquiere rostro.

Podemos tener los mejores escenarios, los mejores planes, los mejores sistemas y la mejor organización. Todo eso es necesario. Pero ninguna tecnología sustituye a un rostro que acoge, unas manos que sirven y un corazón disponible.

Por eso, cuando pienso en el legado de Lisboa, pienso inevitablemente en los voluntarios. Ellos no fueron solamente quienes hicieron posible la Jornada. Ellos fueron, ellos mismos, Jornada.

Y por eso también les digo, pensando ya en Seúl 2027: cuiden a sus voluntarios. Escúchenlos, fórmenlos, confíen en ellos, acompáñenlos y ayúdenlos a comprender que no están simplemente prestando un servicio a un gran acontecimiento. Están participando en una misión de la Iglesia.

Muchos llegarán para entregar una semana, un mes, un año o dos años de su vida. Pero, si esta experiencia es verdaderamente un encuentro, partirán llevando mucho más de lo que dieron.

Eso fue lo que vi en Lisboa.

El voluntario es el tesoro más valioso de la JMJ porque, cuando se ofrece, descubre muchas veces que también él ha sido encontrado.

Y quizá por eso guardo tan vivo un momento que nunca he olvidado.

Estábamos reunidos en una gran sala de trabajo, en la sede del Comité Organizador Local, para conocer una nueva etapa de la preparación. Éramos tantos que muchos estaban de pie y las ventanas estaban cerradas a causa del calor.

Casi al final de la presentación, el voluntario que estaba hablando dijo algo muy sencillo: nada de aquello sería posible sin la fuerza del Espíritu Santo.

Y, en ese preciso momento, una de las ventanas se abrió de par en par con el soplo del viento.

Se hizo silencio.

No fue necesario añadir nada.

Todavía hoy, quienes estaban en aquella sala recuerdan ese momento. No sé explicarles qué sucedió —y quizá tampoco sea necesario explicarlo todo—, pero sé que aquel momento nos recordó algo fundamental: la Jornada era nuestra, pero no era solamente nuestra.

Creo que estos cuarenta años de Jornadas contienen miles de momentos, historias y testimonios semejantes. También ellos forman parte del legado que debemos conservar, contar y volver a contar, no para alimentar una nostalgia del pasado, sino porque nos hablan de la manera en que Dios continúa actuando en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Siempre hay una dimensión personal y una dimensión comunitaria cuando nos atrevemos a mirar un pasado vivido con Dios.

Y me viene a la memoria, sin ninguna pretensión de comparación, el pasaje de los discípulos de Emaús. Ellos hicieron el camino, escucharon a Jesús, hablaron con Él y se sentaron a la mesa con Él, pero solo después comprendieron plenamente quién había caminado a su lado.

Y entonces preguntaron: «¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba?»

Tal vez una Jornada también necesite este “después”.

Necesitamos regresar a casa, dejar que se asiente el polvo de los caminos y volver a la vida normal para comenzar a comprender lo que verdaderamente sucedió.

Creo que, para muchos de nosotros, este ardor del corazón permanece cada vez que recordamos la JMJ Lisboa 2023: por los momentos inolvidables, por el silencio y la fiesta, por las conversaciones de dos, de tres o de cuatro, por la alegría que se apoderó de las calles, por la esperanza que son los jóvenes —no solo para el futuro, sino para el presente de la Iglesia—, por la acogida en las familias y en las parroquias y por las palabras que escuchamos.

Y, naturalmente, por aquellas tres palabras que atravesaron Lisboa y después atravesaron el mundo: todos, todos, todos.

Este corazón que arde es un legado que permanece.

Cada Jornada está precedida por la Peregrinación de los Símbolos: la Cruz Peregrina y el Icono de María, Salus Populi Romani. En Portugal, los Símbolos recorrieron todas las diócesis, incluidas las islas de las Azores y Madeira.

Cuando miro hoy aquella peregrinación, comprendo con mayor claridad que una Jornada es mucho más que la semana en la que tiene lugar.

La Jornada sale, va al encuentro, llama a las puertas y llega a lugares a los que quizá nunca llegarían los grandes acontecimientos. Es verdaderamente misionera.

Sale de aquel espacio físico y temporal y adquiere una dimensión nacional, decisiva cuando llega el momento de recoger los frutos de las semillas sembradas en la tierra.

Y aquí tenemos que aceptar otra cosa: nunca conoceremos todos los frutos.

Nunca sabremos completamente qué sucedió en el corazón de cada peregrino, ni todas las decisiones tomadas en silencio. Nunca sabremos cuántos jóvenes volvieron a rezar, cuántos descubrieron una vocación, cuántos se reconciliaron con alguien, cuántos regresaron a sus comunidades o cuántos comenzaron simplemente a hacerse una pregunta que antes nunca se habían planteado.

La semilla no hace ruido cuando germina. Pero germina.

También aquí se nos pide una confianza sin temor en la bondad infinita de Dios para cada uno de nosotros.

Puedo hablar por mí.

Conocí la naturaleza humana en una dimensión mucho más amplia que hasta entonces. Aprendí la importancia de la paciencia y de la humildad de una manera nueva —exigente, a veces muy exigente, pero profundamente gratificante—.

También confirmé la necesidad de salir de nuestros caparazones, de los lugares seguros y cómodos, para lanzarnos a lo desconocido de las instituciones oficiales, del mundo empresarial y de tantas realidades que constituyen la vida social, política, económica y cultural de un país.

Y eso también fue Jornada.

En aquellos días fuimos claramente una Iglesia más abierta al mundo: una Iglesia capaz de conversar y escuchar, capaz de pedir ayuda, capaz de trabajar con quien no piensa como nosotros; una Iglesia capaz, en definitiva, de hacer aquello que Jesús continúa pidiéndonos: ir a las periferias, hablar con quien no cree, sentarnos a la mesa con quienes habitualmente no nos sentamos y anunciar el Evangelio sin miedos ni pudores.

¿Y ahora?

Ahora comienza quizá la parte más difícil. Porque organizar una Jornada es difícil, pero vivir después de la Jornada puede ser todavía más exigente.

Escribí estas líneas el día en que celebrábamos la fiesta de la Transfiguración de Jesús.

«Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas...»

Comprendemos bien a Pedro. También nosotros querríamos, tantas veces, quedarnos en el monte, permanecer en aquel momento en el que todo parece tener sentido, en el que la multitud nos da fuerza, en el que la alegría es contagiosa y sentimos casi físicamente la presencia de Dios.

Pero la vida no es una Jornada permanente.

Es necesario bajar del monte.

Jesús no nos permite construir las tiendas. Nos manda bajar y regresar a nuestras casas, a nuestras diócesis, a nuestras parroquias, a nuestras familias, a nuestras escuelas, universidades y lugares de trabajo.

Y es ahí donde comienza la pregunta verdaderamente importante sobre el legado: ¿qué hacemos, en la llanura, con aquello que recibimos en el monte?

Estuve recientemente en el 2.º Encuentro Nacional de Jóvenes, al que llamamos Rejoice. El encuentro tuvo lugar en una ciudad del interior norte de Portugal, en tiempo de vacaciones para muchos. Y las vacaciones en Portugal significan, muchas veces, salir del país o dirigirse al sur...

No éramos una gran multitud. Y está bien que esto también nos enseñe algo.

Porque la alegría que presencié, los momentos de oración y celebración que compartí y la capacidad de aquellos jóvenes para hacer que las cosas sucedieran me demostraron, una vez más, que la JMJ Lisboa 2023 continúa dando frutos.

No siempre serán árboles cargados de frutos. A veces será solamente un pequeño brote. Pero existe, crece y se multiplica.

Así ha sucedido siempre y así continuará sucediendo.

Las multitudes nos llenan de alegría y confianza. Son importantes, son hermosas y nos hacen comprender que no estamos solos. Pero será siempre en la intimidad de cada vida donde tendrá lugar el milagro del encuentro con Jesús vivo en medio de nosotros.

Tal vez este sea, en definitiva, el mayor legado de una Jornada.

No son los números, ni los escenarios, ni las imágenes aéreas de una multitud impresionante, ni aquello que conseguimos poner en un informe.

El verdadero legado tiene rostro.

Es el rostro de un joven que regresó a casa diferente; de un voluntario que descubrió que servir puede ser una forma de felicidad; de una familia que abrió la puerta a un desconocido y, algunos días después, se despidió de un amigo.

Es el rostro de una comunidad que comprendió que los jóvenes no son solamente el futuro de la Iglesia. Los jóvenes son Iglesia ahora.

Es el rostro de alguien que, en medio de más de un millón de personas, descubrió que Dios conocía su nombre.

Tenemos responsabilidades y vocaciones diferentes, pero caminamos juntos. Nos inspiramos, nos ayudamos y nos corregimos mutuamente, y cada uno debe hacer su parte.

Nadie hace una Jornada solo: ningún obispo, ningún comité organizador, ningún gobierno, ningún patrocinador, ningún voluntario, ningún joven.

Pero, cuando cada uno ofrece lo que tiene, incluso cuando parece poco, Dios encuentra espacio para hacer mucho más.

Eso fue lo que vimos en Lisboa.

Y eso es lo que deseo, de corazón, para Seúl.

No deseo que hagan una copia de Lisboa. No tendría sentido.

Seúl no tiene que ser Lisboa.

Del mismo modo que Lisboa no fue Panamá, Panamá no fue Cracovia y Cracovia no fue Madrid. Cada Jornada tiene un rostro, cada pueblo tiene una historia y cada Iglesia tiene un don que ofrecer a la Iglesia universal.

La JMJ Seúl 2027 tendrá el rostro de Corea.

Tendrá su cultura y su historia, su fe y sus heridas, su esperanza y sus jóvenes. Y tendrá también aquello que ninguno de nosotros puede todavía imaginar.

Porque el Espíritu continúa soplando y, cuando el Espíritu sopla, nunca sabemos del todo qué nos trae.

Así comencé y así quisiera terminar.

Dentro de algunos años, alguien les preguntará:

«¿Qué quedó de la JMJ Seúl 2027?»

Tal vez en ese momento recuerden los grandes acontecimientos y hablen de los números. Tal vez recuerden una celebración, una dificultad que parecía imposible de resolver, una noche en la que nadie durmió, un joven al que encontraron por casualidad, una palabra del Santo Padre o un silencio inesperado en medio de una multitud.

Pero espero que, sobre todo, puedan responder:

quedaron personas diferentes.

Quedaron corazones que ardieron, jóvenes que descubrieron que tienen un lugar en la Iglesia y en el mundo, comunidades más abiertas y puentes donde antes había distancias.

Quedó una Iglesia que volvió a experimentar la alegría de abrir las puertas y decir: todos, todos, todos.

Y, si es así, la JMJ Seúl 2027 no terminará en 2027.

Continuará en cada joven que regrese a casa, en cada vocación que nazca, en cada gesto de servicio, en cada comunidad que se deje transformar y en cada corazón donde Cristo permanezca vivo.

Y también yo doy las gracias.

Gracias por estar aquí con ustedes y por permitirme recordar con ustedes la JMJ Lisboa 2023.

Gracias por todos aquellos que la hicieron posible y, de una manera muy especial, por todos aquellos que nunca aparecieron, nunca fueron conocidos y nunca recibieron un aplauso.

Gracias por los frutos que ya podemos ver y gracias también —quizá sobre todo— por los frutos que nunca llegaremos a conocer.

Y gracias por poder estar juntos preparando la JMJ Seúl 2027.

A quienes ya están cansados, ánimo. A quienes están preocupados, confianza. Y a quienes sienten el peso de la responsabilidad, no lo olviden: no están solos.

Y a los voluntarios quiero repetirles aquello que he intentado decir a lo largo de estas palabras: ustedes no son solamente una ayuda necesaria para que la Jornada tenga lugar. Ustedes son uno de sus mayores tesoros.

Cúidense unos a otros. Déjense también cuidar. Sirvan, pero permitan que este servicio los transforme. Porque una Jornada no necesita solamente de sus manos. Necesita de su corazón.

Y a los jóvenes de Corea y de todo el mundo les digo solamente esto:

la Iglesia los espera.

No para que sean espectadores, ni únicamente para ocupar un lugar en una multitud, sino para que sean protagonistas de una historia que Dios continúa escribiendo.

Nosotros hacemos nuestra parte: preparamos el camino, abrimos las puertas y después dejamos espacio.

Porque el Espíritu sopla.

Y, cuando sopla, nunca sabemos hasta dónde nos llevará.

Muchas gracias.